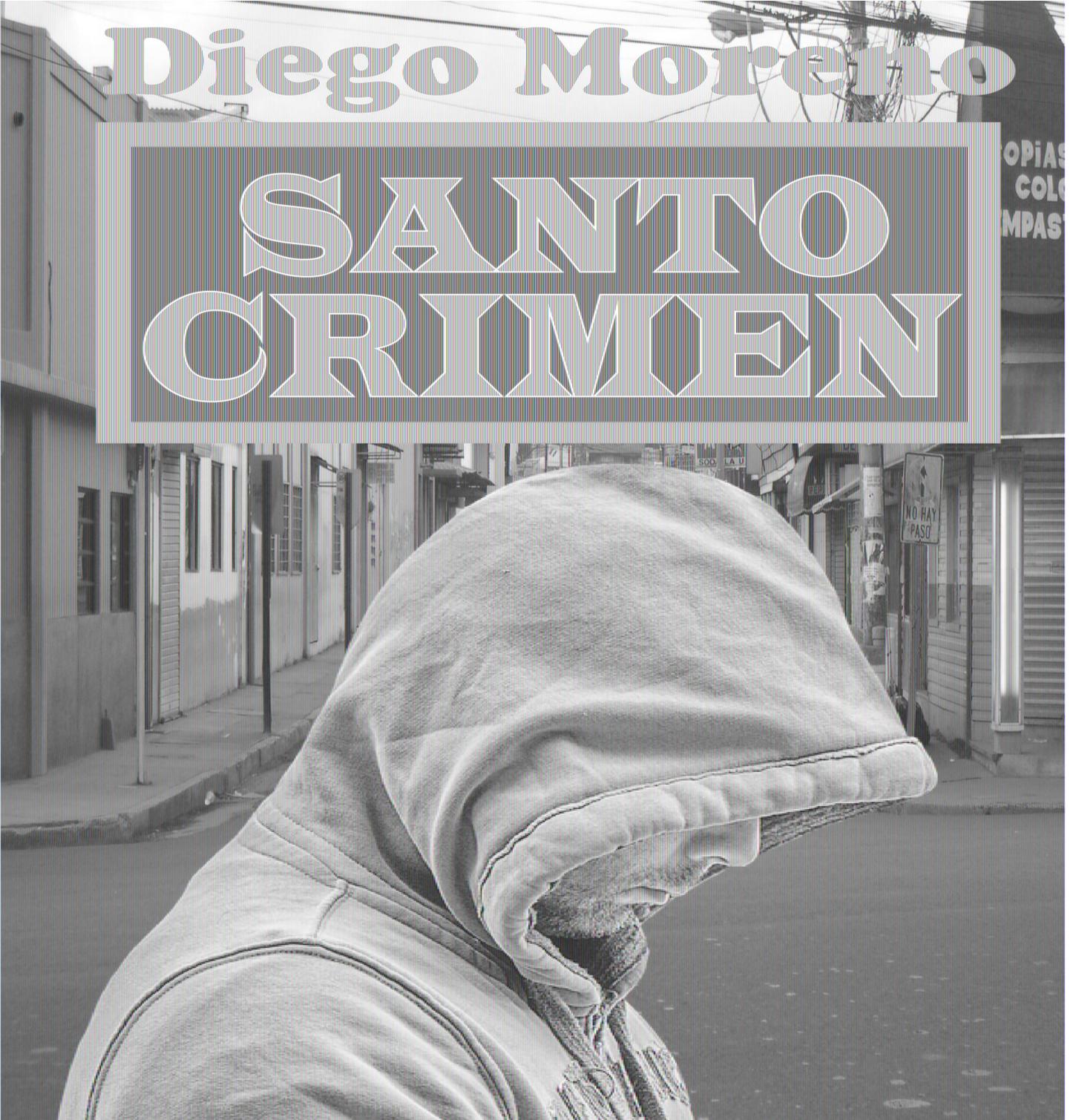


Santo Crimen

Carte Postale

Diego Moreno

SANTO
CRIMEN



Capítulo 1

Santo Crimen

Por Diego Moreno

Resumen semanal: «Cinco muertos por disputa de barrios rivales» «Hombre asesina a su amante» «Muerte de veinte personas en brutal atropello» Esto es lo mejor que me puede ofrecer las noticias en mi país, sinceramente no esperaba menos de lo ya acostumbrado, pero siempre queda esa esperanza que un cambio positivo ocurra y haga una diferencia a tanta desgracia. En fin, solo buscaba narcotizar mediante la televisión –anestesia social por antonomasia- este dolor en la frente que me agobia desde las siete de la mañana aproximadamente y que siendo las nueve aún no sede a tan potente sedante. Supongo que tal golpe fue originado por consecuencia de exagerados movimientos nocturnos, de esos donde hay una lucha interna y exteriorizas las mil y una peleas que ocurren en simultáneo en tu mente, desquitándote con la almohada. Vaya sueños los míos.

Sentí una cierta humedad en la frente, fui al baño y al verme en el espejo, lo que hace unas horas era un moretón tomó forma de una herida abierta. Todos mis implementos en el botiquín no fueron suficientes para parar tal sangrado, así que me decidí ir al hospital más cercano. No me sentía en las mejores condiciones de manejar hasta el hospital, por lo que tomar el autobús era una inusual opción pero era la más prudente, además no estaba tan lejos de donde vivía. Me puse el primer gorro que vi al ojo, y con un parche en la frente salí de mi apartamento, tal equipamiento claro está era para evitar miradas incómodas y preguntas indeseables por parte de extraños y vecinos respectivamente. Sobretudo vecinos.

Apenas poner un pie fuera de mi hogar fui intercedido por Rosa, líder de la junta vecinal, una anciana de ochenta y pico años. Básicamente me invitaba a la procesión del Cristo Moreno que siempre hacen un veintiocho de octubre organizada por toda la junta, un total de doce mujeres de avanzada edad, donde elevan la figura de Jesús crucificado en un altar para ser llevado por ocho hombres por todo el vecindario con paso fúnebre y con cánticos de igual índole, partiendo desde la iglesia de San Francisco hasta la tiendita de Doña Maria al final de la calle, para luego regresar a la iglesia. Rosa era muy dulce, se podría decir que de todas las señoras, a ella le tenía un cariño especial.

Sabía que no era muy creyente que digamos –rechazo la religión completamente- pero aun así ella trataba de llenar ese ‘pequeño vacío que hay en mi corazón’ como ella se refería y no perdía oportunidad en invitarme a sus misas dominicales y a innumerables eventos cristianos. Era su fe la que quería inculcar en todo los vecinos, lo cual logró con

éxito. Yo era su mayor reto, su misión dada por el Señor era verme orar aunque sea por un segundo, todo con el respeto y la amabilidad que la caracterizaba. En fin, le respondí que posiblemente me viera por ahí -lo estaba reconsiderando-, puesto que el hospital me quedaba a un paso de donde estaría. La expresión reflejada era digna de ser enmarcada, nunca había visto tal satisfacción en una persona, y demostró más aun su alegría dándome un beso en la mejilla para luego acariciarme con su mano; seguramente pensaría que hay esperanza. Este pobre cordero perdido recobraré el camino del bien e iré a los brazos de su fiel pastor. Le agradecí la invitación y dije que salía apurado; que la vería luego si Dios lo quisiera así. Lo cual hizo que se alegrara aun más el escucharme usar las palabras "Dios" y "quisiera" en una sola oración. Es mas no le di tiempo ni que preguntara el por qué de mi parche; y me dirigí a tomar el autobus.

Al subir, todas las miradas de extrañeza se hicieron notar como era de esperarse y le dije al cobrador que bajaba en el Hospital Marcos Loyola. Mi reloj daba las diez de la mañana, me hizo pensar que tal vez llegaba a la aclamada procesión de Rosita, pero aún no estaba muy seguro. Llegué a mi destino, y lo primero que pensé fue la cantidad de horas que tenía que esperar por una mísera cita con el doctor, que a lo mejor no era tan grave el asunto y con tres besitos en la frente, más una receta médica terminaba curado; pero por suerte me atendió mi amigo Manuel, lo cual simplificó el proceso a minutos. Estando ya en consulta, el doctor revisó la herida y prosiguió a realizar una pequeña cosida, no era tan insignificante el asunto al parecer. Me recetó unos medicamentos de difícil pronunciación y me retiré. Siendo las diez y cuarenta de la mañana, aun estaba a tiempo de ver la procesion partir, así que fui caminando hasta la iglesia de San Francisco.

Ya habían empezado su caminata y sus tan esperanzadores cánticos a las once. Rosita me vió de lejos y con un gesto de bienvenida me incitaba a la distancia que me uniera, pero antes de poder responderle, sucedió lo impensable. Lo inimaginable. Lo incalculable.

Todo el grupo fue embestido por un coche que iba a toda velocidad. Me quedé petrificado al ver terrible escenario, cuerpos dispersos por toda la acera, la calle teñida por un rojo intenso, el altar hecho trizas -Si hay un Dios, que se apiade de ellos- y el auto del maldito estrellado contra un árbol. Mi cuerpo no respondía. Mis movimientos no hacían justicia a mis pensamientos. Vi al desgraciado salir del auto, su rostro estaba cubierto por un gorro, lentes y una capucha. Vió a su alrededor, contemplando su obra finalizada.

Se notaba en la acera cierta actividad. Un cuerpo parecía seguir con vida, con delicados y agonizantes movimientos -arrastrándose como si huyera de la muerte- ,se hallaba Rosa. -Vamos, muévete, ella necesita de tu

ayuda.-

Aquel individuo se dio cuenta y fue por ella; me daba la espalda, por lo que poco podía observar –Eres peor que escoria- Se dio media vuelta, fijó su mirada en mi por un instante y fugó en dirección al hospital –Atrápalo, no seas cobarde, has justicia por Rosa- Que patético e impotente me sentí. El ambiente era denso. La prensa no se hizo esperar, un acontecimiento de tal magnitud no se podía dejar al margen. Llegaron los paramédicos, cada cuerpo que visitaban era cubierto por una mortaja y llevados a la ambulancia. Ningún sobreviviente al parecer. Solo escuchaba llantos y murmulos de la gente a mi alrededor. Al rato la policía hizo acto de presencia, revisaron el vehículo por dentro y por fuera pero pusieron mucho ojo en la placa – Claro, sabiendo el número de placa, se conocería la identidad del culpable- El asunto estaba controlado por ellos, poco más podía aportar, me dirigí a mi apartamento. Me encontraba exhausto y emocionalmente desequilibrado. Vaya día.

Traté de disipar mi mente con un poco de televisión para variar y sintonizé el canal de noticias, con suerte me encontraba con la identidad del responsable. Escalofrios sentí al ver en pantalla mi fotografía con el apelativo: ‘ ‘El monstruo de San Francisco’’, se me adjudicaba autor de tan horrendo crimen. No puede estar pasando esto. Ese no era mi auto, era imposible, el mío se encontraba en mi garaje, lo comprobé al salir. Invadido por la incertidumbre revisé mi cochera por segunda vez; la sorpresa fue grande al descubrir que no se encontraba ahí. Esto es ilógico. Todas las pruebas estaban en mi contra, no había nada a mi favor.

Con el país en contra y la policía buscándome, tomé medidas inmediatas. Tenía todo lo que a primera vista me sería útil. Salí con disimulo con rumbo a quién sabe dónde. Quedarse en casa no era una opción. Para trasladarme, el transporte público tampoco era una opción viable. Me alejé lo mas posible del vecindario buscando refugio en cualquier callejón oscuro que hubiera libre. No podía permitirme gastar en un hostel, ni en comida, ni bebida. Todo era un peligro si alguien llegara a reconocerme –poca cosa podía hacer con mi billetera estando en mi apartamento-

Al fin, encontré un espacio poco agradable pero lo suficientemente cómodo para pasar la noche. Un callejón desolado con un colchón tirado a la basura. No estaba tan mal. Mira que criticando las noticias y ahora yo formo parte de una. Irónico e irrisorio. Pero aun así tenía que volver la mañana siguiente por mi billetera para fugarme a otra región y empezar de cero. Quize estar alerta toda la noche pero el cansancio pudo más que mi fuerza de voluntad.

Vaya dolor de espalda me dio ese colchón. Miré mi reloj y marcaba las nueve de la mañana. Tenía que llegar a mi casa cueste lo que cueste, calculé que llegaría un promedio de diez, si no se presentaba obstáculo alguno. Dicho y hecho, llegué a las diez y treinta –no tan exacto mi

pronóstico, pero se acercaba- Para mi buena suerte no había policías custodiando, ni patrullas cerrando calles, ni nada que suponga un peligro para mi fuga -Solo un criminal se expresaría así-

En fin, me tomó unos cuantos minutos decidir que llevar y que no, pero me decidí por una polera, unas gafas y un gorro. No me importaba lo demás, tenía una gran suma de dinero para comprarme el doble de lo que poseía, pero me interesaba mantener mi identidad oculta. Y vaya equipamiento me monté.

Una ligera sensación me hizo volver al garaje por una tercera vez. No creía lo que estaba viendo. Mi auto en perfectas condiciones, ni cuando lo compré lucía tan bien - a lo mejor, exageraba- pero estaba ahí. Todo conspiraba para mi salida. Llámalo destino, karma, ley de atracción, Dios; como quieras. Mi reloj marcaba las diez y cuarenta. Me subí al vehículo y partí rumbo hacia mi nueva vida. O eso creía.

Iba a toda velocidad con la musica en alto para no poder escuchar mis pensamientos. Solo me distraje un momento, pero ese momento fue fundamental.

Al recobrar la atención en el camino me estrellé contra un árbol, golpeándome muy fuerte contra el timón. El hecho de encontrarme vivo , era un gran alivio. Sin saber que había pasado, salí del coche y frente a mí yacían los cuerpos de lo que costaba creer, eran de la junta vecinal. Imposible. Ridículo. No tiene la menor lógica. Ellos fueron llevados a la morgue. Yo lo ví.

Muy aturdido, miraba a mi alrededor tratando de ubicarme y sí, me encontraba frente a la iglesia San Francisco, ni para creer que estoy en otro lugar distinto a donde ocurrió el accidente original. Observé un cuerpo moviéndose, casi arrastrándose en el pavimento con mucha dificultad. Era Rosa. Si este es un sueño despiértenme ya. La auxilié, trataba de que se quedara conmigo, que luchara por sobrevivir hasta que lleguen los paramédicos.

La pobre no resistió mis exigencias. Su mirada se iba desgastando por cada palabra que salía mia; solo me acarició la mejilla y reposó en mis brazos. No pude hacer más por ella- me preguntaba dónde estaba ese dios al que ella tanto adoraba- Sálvala egoista, se lo debes, recriminaba en mis pensamientos, a quién estuviera escuchándolos.

Di media vuelta y me encontré en estado pético. ¿Era yo, el sujeto de enfrente? Sí. Era yo en todos los aspectos, no había duda. Mi piel se escarapeló. Una ansiedad e indicios de vómito ocurrían en simultáneo. Esto debe ser sacado de un libro. Trasciende todo lo comprensible. No

supe cómo reaccionar. Pero la angustia era tal que decidí huir.

Mi cabeza no sabía ordenar todo lo que había presenciado y mucho menos darle una connotación lógica. Mi herida volvió a abrirse tras el impacto, así que reutilicé el parche que tenía guardado en mi pantalón para evitar el sangrado excesivo.

No sabría decir cuánto he caminado pero estaba claro que el cansancio estaba ganando terreno. Mi reloj marcaba las siete de la noche. Decidí ir a mi hogar. Me importaba a estas alturas dos pepinos lo que me pasara, si se encontraba la policía custodiando pues bien, no entendía nada de lo que pasaba, solo quería descansar plácidamente.

Puse mis últimas fuerzas en regresar al apartamento. Para mi sorpresa no se encontraba ningún patrullero ni dentro ni fuera. Boté el parche de camino a casa, cansado de él también estaba. Por último prendí la televisión como de costumbre. Y como pensaba: «'El monstruo de San Francisco' acaba con la vida de veinte personas». Apagué el dichoso aparato. Dedicué mi primera y última oración después de años a Rosa y me desparramé en mi cama. Mis párpados iban cayendo a medida que el colchón se hundía, hasta perderme entre las sábanas.

Discúlpeme Rosita, solo espero que mañana tenga otra oportunidad.